MUSEO DEL PRADO
BIBLIOTECA
R. 24435

23/1399

3

MURILLO.

SU INSPIRACIÓN PROVIDENCIAL
COMO PINTOR DE LA INMACULADA.

DISCURSO LEIDO

ANTE LA ACADEMIA HISPALENSE

DE

Sto. Tomás de Aquino

EN LA SESIÓN PÚBLICA DEL 11 DE DICIEMBRE,

POR

D. José María Asensio,

ACADÉMICO PREEMINENTE.

MUSEO DEL PRADO
BIBLIOTECA

SEVILLA.

Imp. y Lib. de los Sres. D. A. Izquierdo y sob.°,
Francos, núms. 60 y 62.

—

1881.

BIBLIOTECA · MUSEO · ODAMIL

R. 24.435
19.28

MURILLO.

SU INSPIRACIÓN PROVIDENCIAL
COMO PINTOR DE LA INMACULADA.

MUSEO DEL PRADO · BIBLIOTECA ·

DISCURSO LEIDO

ANTE LA ACADEMIA HISPALENSE

DE

Sto. Tomás de Aquino

EN LA SESIÓN PÚBLICA DEL 11 DE DICIEMBRE,

POR

D. José María Asensio,

ACADÉMICO PREEMINENTE.

SEVILLA.
Imp. y Lib. de los Sres. D. A. Izquierdo y sob.°,
Francos, núms. 60 y 62.
—
1881.

MUSEO DEL PRADO · BIBLIOTECA ·

MUSEO DEL PRADO · BIBLIOTECA ·

EXCMO. Y RMO. SEÑOR.

SEÑORES:

En esferas enteramente diversas, explicando conceptos al parecer muy diferentes, el Misterio de la Inmaculada Concepción y el nombre de Bartolomé Estéban Murillo son dos timbres de gloria para la ciudad de Sevilla. Representa aquel la ardiente fe religiosa de nuestros mayores, su piedad y su zelo en defender como verdad inconcusa, como dogma no declarado aún, lo que entónces no era más que piadosa creencia. Simboliza el otro la mayor gloria del arte español, todo el esplendor de la escuela pictórica sevillana, que, por su talento y su inspiración, vive en la memoria de todos los pueblos amantes de lo bello, buscándose sus lienzos para colocarlos al par de los más famosos en todos los museos de las naciones civilizadas.

Por Murillo y por Velazquez resplandece el nombre español con gloriosa aureola en todos los ámbitos del mundo artístico, y es conocida y famosa la ciudad donde vieron la luz primera, y bajo cuyo hermoso cielo se desarrolló su inspiración. Por Murillo y por Velazquez alza nuestra patria su frente con satisfacción y orgullo donde quiera que de artes se trata, aunque figuren en la lucha nombres tan insignes

como los de Rafael de Urbino y Vandyck, Rubens y Miguel Angel.

Pero, aunque tan diferentes sean en apariencia los conceptos representados por las piadosas creencias sevillanas sobre el misterio de la Inmaculada, y por el nombre del artista por excelencia, hay entre ambos cierta causa de afinidad, un vínculo secreto, un punto de contacto, que ha sido en mi opinión el que debe ocupar la atención de V. E. y de esta insigne Academia en la solemnidad que hoy se celebra. Porque nada más propio, nada más lógico, nada más natural y al propio tiempo más levantado ni de mayor importancia, que estudiar de qué manera el hombre privilegiado, el génio del arte, fué á su manera y en su línea el campeón de tan sagrado misterio; de qué medios se valió, cumpliendo su misión al par de artista y de creyente, para hacer comprensible á la imaginación del pueblo la Concepción Inmaculada, para hacerle grata, y dulce y amable la representación de idea tan abstracta, tan delicada que sólo podía pintarse iluminándola con aquella claridad celestial que sólo Murillo ha visto, y él únicamente ha podido trasladar al lienzo.

Bajo este punto de vista hemos de estudiar por algunos momentos á Bartolomé Estéban Murillo; porque en tal apreciación es como entra de lleno en las condiciones de nuestra Academia; y, sin duda, éste y no otro ha sido el pensamiento que ha guiado á los que tan sabiamente la dirigen, para indicar que en este día, y en sesión que se consagra á conmemorar el Misterio de la Concepción Inmaculada de María, se ocupe vuestra atención considerando las altas cualidades de inspiración y fe religiosa del *pintor del cielo*.

Siempre el arte tiene misión civilizadora; siempre es reflejo de la cultura de los pueblos, y suaviza las costumbres con la representación de la naturaleza mejorada, guiando los ánimos á lo bueno y á lo verdadero, por medio de lo bello.

La significación de Murillo, su influencia en la sociedad, su importancia son á nuestro entender mucho más trascendentales. No sabemos si el estudio, la admiración, el entusiasmo por el génio podrán habernos extraviado; si la imagi-

nación acalorada nos hace ver más de lo que en realidad tenga fundamento. Generalizando, remontando el pensamiento, encontramos el ideal del artista plenamente identificado con el ideal cristiano. Su misión se desarrolla en consonancia y armonía con el desenvolvimento filosófico de aquel momento de la historia; y toma lugar Murillo en la contienda religiosa, uniendo su vigorosa inspiración de artista á los más profundos estudios y á las mayores sublimidades teológicas.

Expongo con temor una teoría que para mí es cierta y demostrable; porque abrigo la convicción de que podrá perder mucho de su valor, por no alcanzar mis fuerzas á manifestarla en todo su vigor, con su claridad propia, con el esplendor necesario.

Causó la soberbia la perturbación del estado feliz en que fueron criados nuestros primeros padres, con tan vivos colores retratado en los sagrados libros. De aquella pérdida de la gracia nacieron todos los males que la humanidad padece, y que Dios no había hecho, pues toda la creación era buena bajo su mirada. Pero con la invasión de todos los males, de todos los tormentos, de privaciones y penas, nació también la promesa de la redención; la dulce esperanza de que una mujer quebrantaría la cabeza de la orgullosa serpiente, y destruiría su obra.

A la primera caida se anunció el renacimiento traido por la inocencia, la regeneración por la pureza.

Los hijos de los hombres siguieron su camino. Las pasiones desenfrenadas por la culpa produjeron contínuas luchas; un rastro de sangre, la desolación, las ruinas señalaban el paso de los conquistadores guiados por la ambición, la soberbia y la codicia. Sobre los escombros de unas ciudades se alzaban las nuevas, á los imperios sucedieron los imperios. Unos tiranos asesinaban á otros tiranos, y todos oprimían á la humanidad. En el cautiverio, en la degradación, en el trabajo, sufriendo y llorando, el hombre no veía entre tanta nube oscura, condensada sobre su cabeza, más que un rayo de luz débil, ténue, lejana.... pero infalible; la esperanza en la Mujer que debía cumplir la oferta divina. Bien así como

infelices navegantes juguete de las olas en deshecha borrasca, sin fuerzas ni guía, ven á lo léjos y á largos intervalos la luz del faro consolador; y cifran toda su esperanza en llegar, en aproximarse siquiera á aquel punto, conociendo que el buque perece, pero algunos desgraciados podrán ganar el puerto guiados por la luz salvadora.

Es larguísimo período de luchas contínuas, de trabajo sin trégua, y de leve esperanza el que recorre la humanidad desde el Génesis hasta el Evangelio.

Las pasiones humanas no tienen correctivo, ni la norma de una moral verdadera, que solamente se conservaba en el pueblo escogido. Pero la humanidad esperaba, guardando como un vago aunque precioso recuerdo de familia, la promesa de redención....

Los tiempos se acercaban. Muchos imperios poderosos habían sido vencidos para formar parte de un nuevo imperio más vasto y de una organización sin igual. Muchos pueblos habían desaparecido para fundirse en el pueblo romano. Desde la ciudad de las siete colinas se dictaban leyes al mundo; pero el mundo resistía la obediencia, y las legiones imponían por la fuerza la voluntad de los Césares, pretendiendo apagar en sangre la voz de los pueblos que defendían su independencia y luchaban por su patria. Roma se desangraba en guerras lejanas y perdía sus mejores hijos por sostener la gloria de los combates.... El dolor del pueblo Rey era mayor que su orgullo; así es que un Emperador se estimó grande cuando pudo cerrar el templo de Jano, y gritar á los pueblos, Paz!

Pero Octavio se equivocaba. La paz no debía descender al mundo otorgada por el orgullo de un César desde las alturas del Capitolio. De una humilde aldea de Palestina, desde el establo, donde por acaso providencial se refugiaron descendientes de la regia estirpe de David, saldría el rayo de luz que en adelante había de alumbrar la marcha de la humanidad. Allí, por sublime misterio de amor, nació el que, enseñando á decir á todos *Padre nuestro*, supo encerrar en dos palabras la revolución filosófica y política, social y religiosa más grande y trascendental que han visto ni volverán á

ver los hombres. Allí nació la religión de la paz.

Preciso era ser el *Hombre-Dios* para dar á conocer su misión de tan extraordinaria manera. Ninguna humana inteligencia era capaz de concebir idea tan grande, ni de abarcar en tan sencilla frase tan inmensa teoría.

El mundo romano hubo de escuchar con asombro, con estupor la palabra divina. Decir al senador orgulloso que el hijo, el cliente, el esclavo eran hermanos suyos; manifestar á la rebelde matrona que la sierva infeliz, que se complacía en maltratar, tenía iguales ó mejores derechos que ella ante la presencia del Criador; anunciar á todos un juez inflexible que atendería á las obras, á las virtudes y nó al nacimiento ni á los derechos de ciudad; fundar religión, filosofía, sociedad, familia en el amor, en la caridad era obra prodigiosa. Desde el punto en que fué revelada la idea cristiana, el mundo sufrió gran trasformación. Otra savia comenzó á infiltrarse en la vida... las costumbres se trocaron... la humanidad estaba redimida desde el Calvario; el hombre podía dirigirse á Dios llamándole *Padre*; pero también había logrado mediadora en la que á Dios había servido de *Madre*.

La lucha fué ruda. Cayeron los ídolos, pero rodaron sobre la sangre de los mártires. El cristianismo triunfó perdiendo la vida sus mayores héroes. Al ganar la palma de la inmortalidad invocaban todos al Hijo de Dios crucificado; pero al mismo tiempo conservaban el recuerdo dulcísimo de la Virgen madre, recogiéndo las piadosas y verídicas tradiciones del Oriente sobre María, para completar las narraciones evangélicas.

En realidad se había convertido la esperanza. La mujer purísima vislumbrada desde el momento de la culpa, había tomado sér: era María en el momento de la redención.

La cristiandad invocaba á la Virgen; y en la obra de civilización, que desde Jerusalén emprendieron los Apóstoles de la nueva idea, siempre fué mezclada, confundida, hermanada con el culto del Hijo de Dios, la devoción á la Santísima Virgen, escogida por El para manifestarse al hombre en todas las condiciones humanas.

El mundo se hizo cristiano. Los hombres adoraron la cruz.

Cambiaron las costumbres, las leyes, la faz entera de la humanidad convertida bajo la idea grandiosa de un padre común, que nos hace hermanos. Pero las pasiones, aunque humilladas, medio vencidas, no estaban borradas del corazón humano. Las manifestaciones de la soberbia primitiva nunca dejan de hacerse sentir, y, en pos de los mayores triunfos, llaman á la Discordia que no deja sazonar el fruto, trayendo de continuo nuevos ódios, rivalidades, cismas, herejías.... Pasaron los siglos en medio de la lucha, y llegó á su vez la mayor de todas. Si en la herejía más grave en los primeros siglos se temió que todo el mundo fuese arriano, con mayor verdad puede decirse que en la edad moderna se ha sentido en todas partes el efecto del luteranismo.

Había grandísima confusión por todas partes. La chispa de la duda, producida en la mente de un oscuro fraile de Witemberg, había prendido en las conciencias, levantando llama, y extendiéndose en violento incendio, q ue en poco tiempo convirtió en hoguera á toda Europa.

Como en el Génesis la Sabiduría increada dejó ver la esperanza de los hombres en la promesa de que una mujer quebrantaría la cabeza de la hidra de la soberbia, en el cataclismo producido por la duda, el culto de la Virgen fué el áncora de salvación, el dique de leve arena, al parecer, pero firmísimo y robusto como el que sujeta la fúria de los mares, que la Iglesia opuso al torrente.... Era siempre el mismo pensamiento que renacía en todos los siglos: la idea: de la pureza, de la inocencia como mediadora y amparo....

Murillo fué el apóstol artístico de esta idea, el expositor de la Inmaculada. Y ahora encontraréis tal vez disculpable, Excmo. Sor. la ligera escursión que he consagrado á la historia de este misterio y de este pensamiento, porque de ella resalta la providencial misión del arte, y el alto lugar que ocupa nuestro artista.

Resta observar, para completar el cuadro, que hasta nuestros días, cuando la obra de diez y nueve siglos amenaza romperse en girones; cuando el catolicismo se ve combatido con mayor violencia, ha venido la declaración dogmática del misterio de la Inmaculada á robustecer el vínculo

que une las conciencias cristianas, á escitar los sentimientos piadosos para avivarlos, para enardecerlos y que no desfallezcan... La Iglesia acude siempre al mismo ideal: el pensamiento no se altera; la Purísima es el consuelo, la mediadora, el remedio. Pero en esta última evolución, si ha habido grandes pensadores, expositores doctos, no se ha presentado nuevo apóstol por el arte: todos vuelven la vista hácia Murillo, se proclama su excelencia, se hace justicia á su talento, y se reconoce su inspiración providencial para representar el inefable misterio.

Para juzgarle con el levantado concepto que representa, para comprender su significación y apreciar su altísima importancia en la historia del arte, no basta con ser artista, con estudiar en todos los grados y formas el tecnicismo pictórico; es necesario saber encumbrarse á las más altas regiones de la filosofia y de la teología, abarcar con mirada generalizadora, estética, profunda, la misión del arte español en la agitada época de la reforma religiosa, y la misión particularísima de Murillo en la contienda. Es el artista de la idea cristiana, y por eso muchos de sus cuadros no son comprendidos por la generalidad de los que los admiran. Pintaba el éxtasis, la aspiración del alma desligada de la tierra y que en alas de la fe vislumbra el cielo: el arrobamiento del espíritu religioso.

Sus lienzos de San Félix de Cantalicio, San Francisco de Asís en visión ante el Crucificado, San Antonio de Pádua, como otros muchos no son bien apreciados si desde el pasmo, desde el asombro que causan en el inteligente la dulzura de las actitudes, el vigor de la ejecución, la riqueza de las tintas, el atrevimiento de la composición, la corrección del dibujo, no sabe levantarse hasta comprender el profundo pensamiento, la inspiración sublime que conmovía al artista en el momento de tomar los pinceles para trazar aquellos conceptos místicos en figuras tan celestiales.

Pero el estudio de toda la obra artística de Murillo no puede entrar en el reducido espacio de que hoy disponemos, ni cabe en los límites de un discurso, porque nos llevaría muy léjos para poder abarcarla en su conjunto, juzgándola

por su propio mérito y estableciendo relaciones de comparación con los demás artistas de la época.

Reduciéndonos, pues, al estúdio del modo con que Murilló sintió y representó el Misterio de la Concepción Inmaculada, toda vez que esta manifestación es el punto más concreto para determinar su misión religiosa realizada por medio del arte, nos debemos preguntar: ¿Dónde aprendió Murillo aquella manera ideal? ¿Por qué procedimiento pudo, conservando tanto realismo y verdad, siendo tan naturalista, revestir sus Vírgenes de aquella expresión encantadora que revela el mayor espiritualismo? ¿De qué enseñanza, de qué modelos sacó la dulzura de su estilo, tan en armonía con el pensamiento que en sus cuadros se propuso desenvolver?

Su educación no puede darnos la clave ni explica la importancia de su obra. Huérfano, entregado desde muy niño á sus propios recursos, trabajando á destajo sin medios y sin preparación ni estudio con el único objeto de proporcionarse una situación ménos precaria, que le permitiera satisfacer su deseo de salir de España, como otros amigos suyos lo habían hecho con gran aprovechamiento, para estudiar y conocer buenos modelos, llegó á Madrid; y ciertamente lo que primero llamó su atención y atrajo sus miradas fueron los trabajos de los pintores italianos hijos del renacimiento, é inspirados en las ideas realistas y semi-paganas de la antigüedad clásica.

Pero, si estudió con vista perspicaz, y con el profundo talento de que estaba dotado aquellas escenas mitológicas, aquel desnudo tan encantador y sensual que los artistas de Italia aprendieron en las estátuas del paganismo, no se contagió con el ejemplo. Solo conservó de las Danaes, las Venus y las Ledas las grandes cualidades de sus autores: el admirable colorido de Tiziano, el vigor de Rafael, la brillantez de Rubens, y áun la verdad del mismo Velazquez; pero sin que nunca le tentaran ni sedujeran aquellos asuntos, ni le llevaran tantas bellezas á caer en la imitación.

Conservando su originalidad, salvó á la escuela de Sevilla y al arte español de haber caido en la vulgaridad y la prosa de las escuelas holandesas, é igualmente del sensualismo ítalo-pagano.

Rafael, el divino Rafael poniendo su ingenio á servicio del renacimiento, no pudo superar ni áun igualar á sus modelos paganos, porque no podía sentir como los artistas de la Grecia; al paso que Murillo trasladando al lienzo lo que sentía, lanzándose al ideal libre de trabas y pudiendo volar hasta donde le llevaba su creencia, es muy superior al génio de Italia en el significado absoluto de su obra.

En esto está el secreto de su grandeza en la historia de las artes españolas. Su popularidad, su renombre, hasta su estilo dependen solamente de él mismo, de su talento; se los debe á su inspiración artística y á su inspiración cristiana; su fama nace del ideal superior que se propuso en sus creaciones, y supo trasladar de inimitable manera. Por su ideal se encarna Murillo en el pensamiento de su siglo, y es más que un gran pintor, es un gran adalid del catolicismo. Habla á la imaginación del pueblo español en la forma precisa para exaltarlo; arrastra la devoción de la mujer española, cuyo corazón conoce y conmueve; y es el artista de su patria, el más estimado y el más aplaudido de todos.

Amparando una piadosa creencia que desde los primeros siglos se venía sosteniendo por el pueblo cristiano, y como ideal enteramente contrario al que desde luégo entrañaban las teorías de la Reforma, muchos hombres piadosos, de acuerdo con la iniciativa de la Iglesia, comenzaron á promover la devoción á la Concepción Inmaculada, haciendo valer nuevos argumentos y tradiciones tan antiguas cuanto veneradas. En España se sintió instintiva repulsión contra la obra de Lutero en todas las esferas sociales. Los monarcas la combatieron con sus ejércitos, y con la diplomacia; la Iglesia con su saber y sus armas espirituales; un español ilustre y santo, abandonando las milicias del Emperador para entrar en la milicia de Jesús, y con tan alto pensamiento arrancando á los monjes de la vida sedentaria y contemplativa para convertirlos en Compañía siempre dispuesta á la pelea, y que por sus grandes estudios estuviera preparada á rechazar todos los errores; el pueblo congregándose en hermandades; el arte representándolos á todos, y dando formas á aquellos exaltados sentimientos, formaban una síntesis in-

descriptible; eran rayos convergentes á un foco determinado, el de convertirse en campeones del catolicismo, cuya universalidad y fuerza central estaban muy en armonía con el sentimiento español, que aspiraba á que en lo político fuera también España el centro de una monarquía universal.

Muchos han calificado de ensueño tal aspiración: la han juzgado como delirio; pero habrán de convenir en que por lo ménos era ensueño de jigante: delirio era de un inmenso poderío. —El sueño estuvo á punto de trocarse en realidad.— No es de este lugar, ni del momento presente exponer las vicisitudes de aquella revolución trascendental que se armaba con la duda eterna, con el libre exámen, con la negación de toda autoridad, que invadía á la vez el terreno político y el religioso, y cuyas últimas consecuencias no se han tocado todavía.

Murillo tiene en ella lugar señaladísimo; y no podemos alejarnos del propósito de investigar y conocer de qué manera simbolizó el sentimiento nacional, de qué médios supo valerse para llevar el arte en auxilio de la idea.

El artista era sevillano. En Sevilla tomó grandes proporciones la contienda sobre la Purísima Concepción en la primera mitad del siglo XVII; y, sin entrar en detalles, basta recordar los nombres de D. Enrique de Guzman con su simbólica empresa de Caballero de la Inmaculada; á Miguel Cid, el poeta sin letras humanas, pero tan famoso

que al coro de las Musas pone espanto,

cuyas coplas se cantaban en público por las calles de la ciudad, y áun viven en la memoria de todos; á Don Mateo Vazquez de Leca promovedor en Roma de la declaración dogmática, y á otros muchos no ménos notables y renombrados.

Faltaba el modo de simbolizar aquel ideal. A la dialéctica y á la poesía era preciso que se uniera la pintura, dando forma bella, adecuada y digna para que todas las inteligencias comprendieran en agradable percepción aquel misterio dulce, pero abstracto, natural pero indefinido por entónces, en cuyo estudio y análisis se ejercitaban los más profundos

talentos de la época, sosteniendo los unos y cimentando la antigua y piadosa creencia: resistiendo los otros su admisión, y negando pudiera ser demostrable opinión que no se encontraba en los fundamentos de la religión, ni se consignaba en el *Credo* apostólico. Era necesario que por medios materiales se atrajera la atención del pueblo, que se fijara la devoción dando cuerpo á la idea; y en este punto es donde se patentiza la providencial inspiración del artista, que supo apoderarse del pensamiento en su significación más elevada, ayudando en su esfera á la altísima obra del catolicismo. Los medios estaban al alcance de todos: la controversia había hecho conocer todas las fases de la idea, y explicados estaban todos los simbolismos; pero solamente el génio pudo aprovecharlos y darles vida en la admiración de los suyos y de la posteridad.

Murillo estudió la fisonomía de las mujeres meridionales que se ofrecían á su vista. Se apoderó de la pureza de sus líneas, de la gracia de sus ojos, de la lánguida expresión de sus actitudes, de su viveza, de cuanto bello, en fin, encontraba en sus modelos, y animando aquellos rasgos con su inspiración, fundiéndolos en el crisol de su fe, les quitó cuanto de humano, voluptuoso y embriagador se encuentra en nuestras bellezas, para revestirlas de una expresión tan pura, tan candorosa, tan sencilla, tan inocente, celestial y divina que encanta y arrebata y eleva. En las Vírgenes de Bartolomé Estéban Murillo toda la expresión habla al alma; toda la belleza contribuye á la expresión, y la expresión nos eleva á regiones más puras. Hay en ellas mucho para el espíritu, nada para los sentidos.

Responde la belleza á una necesidad de nuestra alma, que, al contemplar los objetos en que brilla aquella cualidad, siente un placer íntimo, tan dulce como inexplicable. Pero la belleza absoluta no se define, así como tampoco puede definirse la sensación de lo bello. Hay en la armonía que constituye su esencia mucho de sujetivo, tanto en lo que la produce como en el que la percibe... Murillo dotado de alta razón, de entendimiento claro, de fantasía poderosa y creadora, tenía sobre estas grandes cualidades y en mayor grado

aún la facultad de armonizar, y por tanto presentaba de manera sublime y completa la belleza, que en su corazón era inseparable de la idea de lo verdadero y de lo bueno.

Murillo en su fe espiritualizaba, idealizaba sin conocerlo.

Todo es para Murillo del dominio del arte, dice un docto escritor extranjero (1): ¿y cómo no ha de serlo? Rasga la bóveda azul, se eleva á la contemplación de las moradas lucientes donde esperan al justo felicidades sin término: ve volar en deslumbrador torbellino al rededor de la Virgen sin mancilla infinidad de niños de radiante hermosura, que su génio sabe convertir en ángeles. Nos presenta el aire poblado de una lluvia de querubines, más ligeros que las nubes mismas, que giran, se reunen, suben y bajan, corren, se juntan, se sonríen, se tienden las manos, formando alegres y risueños cadenas animadas que mece el viento, y acarician los rayos de oro del sol más radiante y más deslumbrador.

En el centro de este maravilloso conjunto, pone Murillo la imagen sublime de María... y permitidme, Sr. Excmo., toleradme, Señores, que falto de conceptos al llegar á esta divina figura, los hurte tambien á un fervoroso sacerdote, hijo de San Ignacio, en sermón consagrado á patentizar la *belleza moral de la Virgen* (1).

«No se necesita reflexionar mucho, dice este apóstol de la »Inmaculada, para descubrir en lo lánguido y apasionado »juntamente de la actitud, del semblante, y sobre todo de la »mirada de la Virgen, la expresión del más puro y ardiente »amor, que sólo puede dimanar de la plenitud de la gracia »santificante, y en virtud de la cual, más bien que al blan»do empuje de los ángeles, creen los ojos verla realmente su»bir hácia el cielo para juntarse con su Amado. Por otra »parte, en su sonrisa, en sus ojos, en su frente, en su semblan»te todo, contempla la vista extasiada el fulgor de una belle»za, cuya suavísima idealidad, cautiva irresistiblemente el »corazón, siendo muy de admirar el arte con que está de

---

(1) Ch. Blanc.—Histoire des peintres de toutes les ecoles.
(1) El P. Juan B. Moga.

»tal manera combinada la belleza de la Virgen con la ex-»presión de su amor, que parece con él confundirse, ó no »ser sino su natural reflejo.»

Tal es el arte de Murillo. Todo esto descubre la fe en las obras de su génio. Tantas bellezas atesoran sus lienzos. En el terreno artístico es un prodigio; en el de la inspiración un coloso. Así supo alcanzar una fama que, léjos de amenguarse, crece con el trascurso de los siglos; y conserva hoy mayor importancia, cuando nuestros tiempos parecen tan diferentes de aquellos á que hablaba el artista, y tanto ha cambiado la manera de ver y juzgar en las bellas artes.

Este fenómeno sólo tiene una explicación y es reconocer la inmensa superioridad de Murillo sobre todos los artistas de todas las escuelas antiguas y modernas; que, si alguno le supera en tal ó cual condición, ninguno reune tantas y en tanto número las relevantes cualidades que él ostenta; ninguno supo como él apoderarse del espíritu de su época, del sentido cristiano y trasmitirlo á las generaciones en su ideal más profundo, en el concepto de paz, de dulzura, de amor, que es lo que significa el conjunto de su obra artística; y en eso estriba el aprecio de que goza, haciendo su personalidad la más importante, la más conocida, la más popular y la más inimitable en la historia de las bellas artes.

No se me oculta ¡ojalá no lo supiera! que ha habido algún tiempo en que ha sido moda y gala un afectado desdén hácia el artista sevillano, y se ha lucido el empeño en rebajar su mérito buscando lunares en sus obras. ¡Vano intento! ¡Empeño más vano todavía! Tan vano como el de los que imaginan quitar importancia al astro del día ponderando las manchas que en su disco perciben, y que quizá dependen de defecto de los ojos que miran deslumbrados, y no pueden resistir tanta claridad.

Si atrevida puede parecer la afirmación, yo la sostendría sin cuidado alguno ni temor en otros terrenos; ya que por hoy no es propia la ocasión para entrar en controversia artística, sino solamente para demostrar la alta misión de Murillo como pintor de la Inmaculada.

Pruebas tangibles no faltan, ya que de ellas necesitan cier-

tos polemistas, en nuestra época que demuestren esta superioridad absoluta. Nos las suministrarían en gran número los filósofos y escritores, los viajeros y artistas célebres que como en peregrinación vienen constantemente á conocer á Murillo en su pátria. Pero nos limitaremos á un recuerdo.

En fabuloso precio, que no sabemos alcanzara nunca ninguna otra obra de otro artista, adquirió el Museo del Louvre después de una famosa subasta, donde compitieron muchos Soberanos de Europa, la grandiosa Concepción, que como recuerdo de su infausto orígen se llama del Mariscal Soult. Forma hoy el mejor adorno, es la más preciada joya de aquella riquísima colección, de que se envanece la Francia. Pues á pesar de ser innumerables las obras maestras que allí se guardan, nunca sucede que llegue por vez primera un inteligente ó artista á las puertas del Louvre sin que comience preguntando: ¿Dónde está la Concepción de Murillo? Y la rotonda donde brilla es el punto de reunión de cuantos visitan el Museo.

El atentado sacrílego que profanó el San Antonio de Pádua del bautisterio de nuestra Basílica, una de las mejores inspiraciones de Murillo, conmovió á todos los amantes del arte; no hubo rincón en el mundo donde no resonara la noticia de la inmensa pérdida, como si toda Europa y América fueran poseedoras de esa bellísima creación, que el pintor sevillano lanzó á la admiración de la posteridad, y todos fueran interesados en conservarla. Y es que la humanidad entera considera suyas las glorias de sus hijos superiores. Es que el arte es cosmopolita: el génio no tiene pátria.

El nombre del gran maestro, la gloria de su escuela se sobreponen á todos. Porque ninguno ha trasladado al lienzo figuras más id eales con mayor realidad, con verdad más hermosa: ninguno ha producido de tan armónica manera la belleza moral junta con la belleza plástica, en formas, y con tintas y con luz tan brillante y al par tan delicada, que produce á la vez en el ánimo el placer de lo bello y la meditación de lo eterno, de lo infinito que nadie representó como Murillo.

No le comprenden los que llevan el frio del excepticismo

en el corazón, los que no pueden llegar á entender que «tuvo el don de vivificar el sentimiento de sus conciudadanos, interpretando lo que cada uno vé confusamente en su interior, y haciéndolo claro y perceptible;» (1) los que rastreando siempre sobre la tierra no alcanzan á levantar su inteligencia al punto en que se reunen y entrelazan historia y religión, filosofía y arte en una aspiración común; punto elevadísimo, vértice de toda la humana sabiduría, generalización y síntesis de la ciencia que no cabe en todas las inteligencias, y cuyo conocimiento reserva Dios á pocos hombres privilegiados.

Murillo es uno de ellos. Es el primer artista del mundo. Su nombre debe pronunciarse siempre con orgullo, con veneración, con entusiasmo; por él y por otros varones insignes conserva España grandeza imperecedera. Que bien puede abrir con orgullo ante todas las naciones las páginas de su historia una nación, que guarda en ella los nombres de Cristóval Colón, Miguel de Cervántes y Bartolomé Estéban Murillo.

He dicho.

MUSEO DEL PRADO BIBLIOTECA

(1) Boutelou.

BIBLIOTECA · MUSEO DEL PRADO